

# Después del primer beso

*(Isabel después del primer beso)*

Monólogo Canibal 3

de

©Gustavo Ott, ©2022

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especialmente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma; d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, improvisaciones, cortes, agregados de palabras, modificaciones de escenas o de personajes, etc., forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” o “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor ([www.gustavoott.com](http://www.gustavoott.com)) o a su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS  
LOS DERECHOS RESERVADOS  
Register of Copyright,  
Library of Congress, ©2022  
Sociedad General de Autores de España-  
SGAE 64.171 Gustavo Ott. Socio: 64.171  
Dept. Dramáticos c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.  
Tel: (34-91) 3499550  
Web: <http://www.sgae.es>  
[gustavott@yahoo.com](mailto:gustavott@yahoo.com)  
OCT V5r L

EN ESTADOS UNIDOS:  
Susan Gurman Agency LLC  
14 Penn Plaza, Suite 1703,  
New York,  
NY 10122-1701  
Tel: 212 749 4618 Fax: 212  
864 5055  
[www.gurmanagency.com](http://www.gurmanagency.com)  
[gustavott@yahoo.com](mailto:gustavott@yahoo.com)

«Nuestros actores,  
como dije, son todos espíritus,  
y se derriten en el aire, en el aire,  
y, como en la tela irracional de la visión,  
las torres cubiertas de nubes,  
los palacios espléndidos,  
los templos solemnes,  
o el gran globo en sí mismo,  
como todo lo que se hereda, se disolverán.  
Este vano desfile se desvanece,  
no dejes potro atrás.  
Somos de la materia  
con la que se hacen los sueños,  
y nuestras pequeñas vidas  
se completan con la ilusión»

*Shakespeare/ La Tempestad*

**Personaje:**

**ISABEL, mujer de cuarenta años, más o menos.**

**Escenario:**

**Bar.**

**Detrás, área para proyectar.**

1- El primer beso

*(Música y ruidos de copas que se sirven a lo lejos. Isabel lleva dos vasos con licor. Ofrece uno a alguien que no vemos.)*

ISABEL: Mi primer beso fue de manual. (TOMA UN TRAGO LARGO) Tenía doce años, y llevaba tiempo pensando en que me estaba volviendo vieja. A mi edad, había llegado la hora de pasar por los ritos de la madurez, vejez y tal vez muerte. Pronto tendría trece años, edad en la que una se dedica a envejecer y contar su vida a las generaciones por venir.

Mi maestra en esa filosofía fue mi hermana mayor, Gabriela, un vejistorio de quince años que había comenzado con esto de los primeros besos a los diez. En las comparaciones entre hermanas, en esta también yo salía perdiendo. Pero más vale tarde, a los doce, que nunca a los trece.

Así que esa mañana lo decidí: «hoy será». Se lo dije a mi hermana y Gaby, aspirando profundo su cigarrillo de yerbas nigromantes, asintió:

(COMO GABY) «Sí, hermanita menor. Hoy será. Porque eres como la vergüenza familiar: doce largos años cumplidos y lo único que sabes viene del porno que yo te he obligado a ver. Además, si no lo haces ahora ¿cuándo? Si sigues así, terminarás en el cementerio con una lapida que dirá: “Aquí yace una linda niña de doce años que vivió su extensa vida viendo porno y murió *nobesada*”. Te sale infierno directo, *sister*».

¿Infierno yo? ¡Que va! El calor ni que me lo cuenten.

Tenía que confiar en Gabriela porque ella había probado de todo: besos, tocadas, segunda base, tercera, la carrera completa. «Varias carreras», presumía la muy pesada. Carreras largas, cortas, con vallas, con obstáculos, carreras corridas, sin correr, maratones, bajo el agua, sprint, nado sincronizado, lanzamiento de objetos, en fin, las olimpiadas del sexo en invierno y verano juntas. ¡Si hasta una vez me confesó que antes de

besarse con chicos, había probado con chicas!

(COMO GABY) «Fue para aprender, hermanita. Además, nos pusimos de acuerdo en que se trataba de una actividad pedagógica y no de otro tipo. ¿Me gustó? No con todas».

(ALTO) ¡¿Con una sí?!

(COMO GABY) «¿Qué? ¿Te parece raro?»

Coño sí. Me pareció raro. Pero yo tenía doce años, ¿qué iba a saber sobre los primeros pasos del beso y los mecanismos para su entrenamiento? Quizás así es que se aprende. Porque una en la porno ve los actos sexuales más crudos y en todas las posiciones habidas, posibles e irrealizables. Y mucho sexo oral con penes de tamaños de fantasía. Pero ¿los besos? Los besos no tienen mucha cámara en las porno. Los besos son cabezas torcida, orejas y mucho pelo. Lo que sucede entre labios, eso no aparece en ninguna porno educativa. Por lo tanto, para entrenarse, imaginé que quedaban las amigas.

(COMO GABY) «Además, entre niñas no vale. Es una regla».

«¿Y cómo lo sabes?»

(COMO GABY) «Porque soy una intelectual en la materia».

¡Ah, bueno! Siendo así, con eruditas conocedoras de las reglas oficiales del beso aceptadas internacionalmente por los organismos multilaterales, ¿qué coño iba a discutir yo, una *doceañera* más o menos anófeles, con una hermana mayor como Gabriela, graduada con honores como Agente Secreto del Beso Todos contra Todos? Nada. Una no sabe nada. Una sabe porno, pero de lo demás, *ñinguita*. Y yo no tenía experiencia ni con chicos, ni chicas, ni con el espejo, no joda, ¡ni con el gato, porque una vez lo intenté y me metió tres bigotes en un ojo!

(MÚSICA. SE PONE ROPA DE CHICA GUERRERA)

Para el encuentro con mi primer beso, Gabriela me prestó lo mejor de su arsenal: falda, botas, collar, escote, cartera, tacones asesinos, pintalabios

homicidas. Me tomó del brazo y me ancló frente al portón de la casa a ver quién pasaba por ahí.

(COMO GABY) «El primero que pase será el primero, hermanita»

«¿¡Cualquiera que pase?!»

(COMO GABY) «Para eso están, mi vieja»

Y estaban. El primero que pasó por ahí fue El Nápoli, así llamábamos al quinceañero hijo del dueño del taller. (IMAGEN DE NÁPOLI) No era particularmente atractivo, pero Gaby me aseguró que tenía mucha experiencia, que ella ya lo había degustado, y lo garantizaba contra todo daño:

(COMO GABY) «No es una maravilla, pero está bien para ti»

Bueno, como tú comprenderás, para ese momento mi autoestima estaba tan en el piso que de pronto pasó a ser subterránea, más bien iba camino hacia el centro de la tierra.

Con El Nápoli iba su amigo, Gustavo. (FOTO DE GUSTAVO) Pelo largo, ojos rojos, más o menos novio de mi hermana, que siempre hablaba hacia adentro y nunca se entendía lo que decía. No porque hablara enredado sino porque sus frases, luego de un sujeto corto y verbo microscópico, se perdían. Igual él se te quedaba viendo como si tú pudieras adivinar todo lo demás:

(COMO GUSTAVO) «Isabel, tú eres.... Y soy.... Tú haces... (PAUSA ESPERANDO QUE ADIVINEN LO QUE QUIERE DECIR) Así es».

Y una respondía: «Sí, Gustavo, tal, cual, así como dices»

Los dos se detuvieron frente a nosotras y saludaron a mi hermana. Gustavo con un beso en la boca y puntos suspensivos; Nápoli, con abrazo y risas.

A mí ni me vieron. Entonces Gaby lo lanzó:

(COMO GABY) «Epa, Nápoli, ¿no quieres ser el primero en besar a mi hermana menor?»

En ese momento descubrí que el miedo y la vergüenza van juntos, como

dos avalanchas de lodo a punto de sepultar para siempre a la niña de doce años que nunca ha sido besada ni lo será jamás.

Nápoli, sin más, volteó a verme como si yo fuera una chinche aplastada en el piso; como dos alas de cucaracha pegadas al cemento; como el sucio que queda en la suela de su zapato.

(COMO NÁPOLI) «¿Esta es tu hermana?»

Lo dijo como si lo de besarme por primera vez fuera la obligación del condenado a muerte para salvar su vida. «¿Esta es tu hermana? ¿Esto es tu hermana? ¿Esta cosa animal-vegetal-mineral, que nunca *jamás* ha besado en toda su tediosa vida, es tu hermana?»

Gabriela, que para ayudar no tiene vocación, dijo que sí, que eso era yo, pero que estaba muy dispuesta y quería salir de eso ahora mismo, como si se tratara de un tumor que hay que extirpar, como si fuera una necesidad biológica: ir al baño, *salir de eso*, sentirme más aliviada luego de dejar las inmundicias a cargo del Nápoli.

Él se me acercó, como quien ya tiene listo el postre luego de la carne fresca...

(COMO NÁPOLI) «Hola, criatura, yo soy Roco, pero me llaman Nápoli. ¿Cómo es que llamas?»

(ATERRADA) «Yo-me-llamo-Isabel-María».

Sí, yo me oí y me sentí tan poquita cosa que de pronto pensé que tenía que cambiarme el nombre: Auristela, Concepción, Allyucaní, lo que fuera, pero nunca Isabel María Colmenares, La Minúscula Cosa.

Mi hermana, rápida, traidora y desnaturalizada, tomó a su Gustavo de la mano y se fue con él al zaguán, dejándome sola con Nápoli. (COMO GABY) «Chao, te dejo en buenos labios».

Yo, aterrorizada, estremecida, y espeluznada, sonreía, claro. (LO HACE) Pero el cuerpo me temblaba y comencé a sudar.

(COMO NÁPOLI) «¿Estás asustadita, imberbe? ¿Acaso no quieres?»

(MUY DISMINUIDA) «Sí-quiero».

(COMO NÁPOLI) «Tranquila, Isabel María Auristela Concepción Allyucaní, que yo soy un *besador* notable, aplaudido y aventajado. Si quieres aprender, conmigo es».

(DISMINUIDA) «Si-está-bien».

Pero lo mío era calor de infierno, malestar en el estómago, piquiña en el pelo, dedos engarrotados. No señorita, esto no me saldrá bien, Isabel María Colmenares, esto, lo sabes, tendrá un final lamentable.

(COMO NÁPOLI) «¿Por qué te sientes así, ternerita?»

(NERVIOSA, VELOZ) «¡Porque si el primer beso me sale mal se lo contarás a Gabriela y ella a todos sus amigos y está claro que después de hoy todos hablarán de mí y de lo terrible que soy en esta cosa de besar y del amor y hasta del sexo porque hasta ahí llegan todos los rumores comiencen por donde comiencen que si es el hogar la familia los vecinos los amigos la política todo acaba en eso sexo y entonces sí que se terminará mi vida de doce años de nada y tendré que irme de este pueblo de liendras, emigrar, y no volver nunca más!»

(RECUPERA EL AIRE) Para rematar, Gustavo y Gabriela no ayudaban...

(SE OYEN BESOS) Era obvio que ellos habían comenzado y nos llevaban una delantera fantástica. Nápoli, que también los oía, me tomó por la cabeza, acercó su boca a mi oído y susurró:

(COMO NÁPOLI) «A Gabriela le gusta exagerar. Sus besos suenan demasiado falsos, muy porno. Sabe menos de lo que dice».

Eso me tranquilizó. Y si Nápoli lo hubiera dejado hasta ahí, yo habría sido la hermana menor más feliz del país. Pero qué va.

(COMO NÁPOLI) «Ellos ya comenzaron. Ahora nos toca a nosotros»

Creí, médicamente hablando, que yo estaba a punto de perder el conocimiento. Volteé y vi que Gabriela no llevaba puesta la parte de arriba de su vestido. ¡Se está desnudando! ¿Y eso cómo se hará? ¡No joda! ¡Si

yo ni siquiera sé besar!

(COMO QUIEN ENFRENTA A LA MUERTE) Así que había llegado mi hora; el fatídico momento de iniciar el chisme que me haría el hazmerreír del pueblo de las alimañas para toda la vida y más allá. ¿Cómo será un beso, Dios Santo del Beso Inicial, Virgen de las Primeras Veces, ¿Cristo Redentor de los Labios? Y lo más apremiante y capital; ¿Qué es lo que se supone que YO tengo que hacer?

Y con la valentía de la que asume la ofensiva como defensa, fui rapidito hacia Nápoli, le di un toquecito de labio a labio y ya. ¡Listo! ¡Al fin! ¡He besado! ¡Que redoblen las campanas en todos los campanarios! ¡Lo he logrado! ¡He sido besada antes de mis trece años!

Aunque ese beso resultó un poco mojado; suave pero extraño, como si me hubieran cortado una extremidad; como si me hubieran arrancado los labios y ahora tuviera los nervios sueltos; como si los labios fueran lombrices que me colgaban, como babas saltando de un lado a otro. Pero... ¡Había besado!

Eso hasta que él dijo:

(COMO NÁPOLI) «Muy bien. ¿estás lista?»

«¿Lista-para-qué?»

(COMO NÁPOLI) «Para tu primer beso».

Pe... Pe... Pero... Acaso... «¿¡¡¡¡¡Ese no fue mi primer beso!!!!?»

(COMO NÁPOLI) «No, claro que no. Hay más».

¡¡¡Dios mío todopoderoso creador del beso y de la tierra y Jesucristo, tu único hijo *nobesado*, ¿qué será de mí?!!!

Nápoli entonces me tomó por los brazos con tranquilidad:

(COMO NÁPOLI) «El beso es así: cuando yo me acerque a tus labios voy a abrir la boca y cuando lo haga, tú también la abres. Entonces, voy a pegar mis labios con los tuyos y meteré un poco de mi lengua en tu boca. Y tú harás con tu lengua lo mismo que yo haga con la mía. ¿Sí?»

(EXPLOTA, ATERRADA) ¿Qué? ¿Qué? Pero... ¿Tú estás loco? ¡Yo nunca en mi vida haré una porquería como esa! ¡Porque eso no es un beso, eso es una cochinado, francamente! ¡Roco Nápoli, Hijo del Taller Mecánico: has perdido el juicio!

La verdad es que esa explicación de los pasos para un beso era como para que yo saliera corriendo y gritando. La pura idea era simplemente grotesca. ¡Ni en las porno, con sus genitales al aire, sucedían cosas tan horrendas! ¡Las bocas abiertas, las lenguas, las salivas...! (ALTO) ¡Yo jamás me prestaré a ese acto de degradación humana tan vil!

Aunque, claro, yo no dije todo eso. Realmente dije: «Pero, explícame, Nápoli, ¿así es como se hace o es una cosa inventada por ti?»

(COMO NÁPOLI) «Así es como se hace. Es la forma tradicional. Todos besamos de esa manera. Y tú también. Si haces lo que te digo le diré a todo el mundo que besas mejor que tu hermana».

(ISABEL ABRE LOS OJOS)

¡Ah, bueno! ¡Así sí! Porque con esa promesa, con esa póliza de seguro a todo riesgo, que Nápoli me hiciera lo que quisiera. Después de todo y según el Manual de Instrucciones Nápoli para el Beso Primerizo, yo, con sacar la lengua, bastaba.

Entonces Nápoli se me acercó y con una rapidez que no esperaba, me besó. Su lengua entró por mi boca y yo, que no sentía nada todavía, recordé, como si fuera el catecismo, las instrucciones dadas. Ninguno de los dos cerró los ojos. Él, no sé por qué. Yo, porque estaba muy pendiente de que no fuera a morderme, mira que eso debe doler como el demonio. Pensaba, eso sí, en la excitación del instante, en lo que significaba el primer beso de mi vida, y también en seis preguntas urgentes:

- 1) ¿Se cierran o no los ojos?
- 2) ¿Qué se supone que debo hacer con las manos?
- 3) ¿Por dónde se respira? ¿Una se aguanta? ¿No respira?

4) ¿Y si me sale la saliva? ¿Me limpio ahora o después?

5) ¿Y si me desmayo?

Y la más importante de todas las preguntas posibles en un momento de tal envergadura;

6) ¿Cuánto coño duran los besos?

¡No sé! ¡Deberían sonar una campana como en el colegio!

Digo, para que una sepa.

Y con esa ocurrencia casi me río en medio de mi primer beso.

Cuando terminamos por poco le pregunto sobre el misterio de la saliva; «Nápoli, primer beso de mis babas, ¿cómo es que, con todo lo sucedido, no hemos derramado nada?» Pero preferí no molestarlo con una consulta como esa, tan de física, geografía y biología, a la que, sin dudas, él tampoco tendría una respuesta adecuada.

(A ALGUIEN QUE SE HA REÍDO)

Sí, ríete ahora, pero recuerda que si te cuento todo esto es porque quieres que te hable del delito cometido, la extradición y el escándalo.

¿Ves? ¿Ves que no es tan de risa?

*(Ofrece otro trago a alguien. Isabel alza el brazo y sube la música. Ella baila)*

## 2- El primer beso vs La cosa misma

*(Isabel bebe. Se cambia algo de ropa. Alza la mano, baja la música)*

ISABEL: Después de mi primer beso, del misterio de la saliva, y de mi potencial desvanecimiento, Gabriela preguntó si me había gustado. Le mentí. Le dije que sí. Pero estaba claro que para mí no fue más que un beso técnico, de manual de instrucciones, un poco cerdito, y muy misterioso. Tanta fue la desilusión que entonces me dije: «Al próximo que bese seré YO quien le diga lo que tiene que hacer».

No esperé mucho. Seis días después, casi a la misma hora, me besé con Leonardo, que en esa época no era más que el menor de los vecinos Cabrera.

Él fue mi *primer beso de verdad*, según el Reglamento Oficial de la Confederación Mundial del Primer Beso. Sí, fue mi primera vez. ¡Y la suya también! Leonardo era mayor que yo. Le pregunté si sabía besar y dijo que sí, pero se le notaba el terror. Cuando lo tomé de la mano se puso a temblar y ahí sí, confesó que nunca lo había hecho, y que conmigo sería su primera vez en esto del manejo de lenguas, salivas, labios y ojos cerrados sin mordisco.

Considero mi beso con Leonardo mi *primer beso de verdad* porque con Nápoli fue una cosa académica, de sistema, experimental, aficionada. Un Manual de Instrucciones concreto, pero que no fue *La cosa misma*. (OYE QUE ALGUIEN LE PREGUNTA) ¿*La cosa misma*? Eso es... Algo así como... Me explico: cuando le metes mano a los carros en el taller y revisas lo que tienes que hacer: arreglas lo mecánico, las cosas eléctricas, lo enciendes. Sigues instrucciones. Pero todo ese trabajo no es *la cosa misma*; no es el carro, ni moverse, mucho menos correr. El

Manual no es ir veloz por el camino, sentir el aire, la libertad, bordar los precipicios, no es el viaje.

(SE ECHA AEROSOL EN LA BOCA) Como era su primera vez, y yo ya era una experimentada profesional, con un beso de toque y otro salivoso en mi larga trayectoria, con Leonardo comencé como Nápoli hizo conmigo: con las instrucciones IKEA para el beso. Abrir boca, pegar labios, sacar lengua. Pero agregué aquello de Improvisar a Placer, como contribución personal al sistema. La verdad es que fui tan pedagógica que casi se lo pinto con dibujitos.

(IMÁGENES DE DIBUJITOS IKEA SOBRE EL BESO) Pero con Leonardo sentí algo muy distinto. Ya no era el taller, era el viaje. Nada de Manual, sino *La cosa misma*.

Fue su cara, sus labios, lo largo de los besos que nos dimos, así como sus caricias a mis senos, con manos un poco frías pero cotidianas, como si me los hubiera tocado todos los días. Con Leonardo fueron además varios primeros besos en un mismo momento, con jadeos, apretándolo contra mí, con los ojos cerrados, y ese deseo, que no olvido, de que esto, *la cosa misma*, no terminara, que él no se fuera, que se quedara ahí conmigo, besándome toda la vida.

(A ALGUIEN DEL PÚBLICO) ¡Deja la envidia!

Pero a pesar de esa pasión tan descontrolada, después de ese primer beso, no nos volvimos a ver por un tiempo. Me sorprendió, claro que sí, aunque mi hermana se burlaba.

(COMO GABY) «¿Qué querías? ¿Casarte con él porque lo besaste? ¿Darle hijos porque tragaste saliva? Los chicos vienen y van, hermanita. Búscate otro rápido y problema resuelto. Recuerda la máxima regla de todas las chicas del universo: *todas, todas siempre tenemos a alguien, en todo momento*».

Pero a mí no dejaba de perseguirme ese misterio, como el de la saliva, de que Leo se había alejado de mí, así, sin más. ¿Será que no le gustó? ¿Lo hice mal? ¿Fui muy lanzada? ¿Me pasé dándole las instrucciones napolitanas? ¿El agregado de la improvisación lo confundió? Porque ¿Cómo fue que, de repente y sin explicaciones, mi *primer beso de verdad*, *la cosa misma*, había desaparecido de todos mis paisajes?

(IMÁGENES DE FIESTA ADOLESCENTE) Casi un año después coincidimos de nuevo. Fue en una fiestecita del liceo. Nos saludamos con cariño. Ambos habíamos tenido otras parejas. Yo, por lo menos, había tenido un par de novios muy íntimos. Pero Leonardo seguía siendo el me ponía nerviosa. Al verlo se me caía el vaso, me ahogaba con el trago, se me enredaban los pies, no sabía qué hacer con las manos, me comportaba como uno de esos insectos aplastados que no terminan de morir.

Nos vimos, nos besamos, y nos separamos otra vez.

Luego, cuatro años después de aquel *primer beso de verdad*, y casi terminando el liceo, nos volvimos a encontrar en otra fiesta. Leonardo tenía una novia formal, con familias presentadas y demás. ¿Yo? Yo era la habladora del pueblo pulgoso porque salía con un hombre quince años mayor que yo que además tenía el único Mercedes Benz de la comarca. Y con él me mostraba a todos. Muchos pensaron que eso era lo que me gustaba, mostrarme, que me vieran, «esa será actriz o algo peor». ¡Esa bola de cristal de los pueblos serpentarios no falla ni rota!

(RUIDOS DE VIAJE Y VIENTO QUE ENTRA POR LAS VENTANAS)

Porque eso era exactamente lo que me encantaba: el Mercedes, y no tanto el hombre. Lo mío era la posibilidad de desplazarme, de salir, de correr, con el viento pegándome en la cara a través de la ventana abierta del carro, andar por sitios donde se suponía que no debía estar.

Es decir, ser actriz o algo peor.

(CESAN LOS RUIDOS) Ese día, el del reencuentro con Leo, el Hombre del Mercedes me había invitado a dejar el pueblo de los bichos y musarañas e irme con él a la ciudad. Y yo lo estaba pensando en serio. A la fiesta fui con amigas; Leonardo estaba con la novia, pero ella se fue temprano, así que, técnicamente, los dos estábamos solos y solteros. Ambos habíamos bebido bastante y nos miramos con intensidad. Entonces se me acercó y me lo dijo:

(COMO LEO) «Isabel María, eres el único amor de mi vida, mi primer beso de verdad, mi primera excitación. Por eso dejé de verte, porque me enfermo sólo con pensar en ti. Cuando te veo por ahí con el tipo del Mercedes, me entra un dolor en serio, como si fuera un órgano interno que me consume, que explota, que desaparece por un cáncer voraz».

Me sorprendió, pero le respondí:

«Leonardo, cariño de mi vida, no te preocupes, que a partir de esta noche no voy a verte nunca más. Voy a irme de este pueblo miserable con el Hombre del Mercedes y así dejarás de sufrir».

Entonces nos besamos otra vez. Esa noche entramos con cuidado por la ventana de su cuarto. Llegamos a su cama y como si los dos hubiéramos estado esperando ese momento, nos acostamos con una rapidez, un desconcierto y un desenfreno primario, salvaje. Lo hicimos varias veces, y cuando terminamos besándonos, lo prometimos: «Esto será para siempre. ¿Te has dado cuenta? (COMO LEO) «¡No me dejes solo!».

«Claro que no. Soy responsable de ti».

Al día siguiente dejé ese pueblo garrapatoso. Me fui con el Hombre del Mercedes para la capital y a Leonardo Cabrera lo dejé esperándome en su cuarto, con el control de la tele entre sus piernas.

(PAUSA. MÚSICA. IMÁGENES DE LA CIUDAD)

Mi primer beso en la ciudad fue a los veinte años y con un hombre de negocios chileno. Estaba de visita y me lo asignaron para que le sirviera

de guía turística. En esos días yo trabajaba en el Hilton, en una oficina que ofrecía tours guiados. Se suponía que debíamos llevar a los clientes especiales, es decir, con dinero, a los sitios de interés. Pero lo que todos querían conocer era la vida nocturna, lo más bizarro y candela que podía ofrecer este infierno. (IMÁGENES DE BARES Y DISCOS. LUEGO, IMAGEN DE SANTERA Y SU AMBIENTE INSÓLITO) Bares, discotecas, y particularmente un *dancing* con brujería llamado *Santera* que ofrecía música loca, exorcismos, shock eléctrico y sexo en vivo. Un tiradero descontrolado y satánico, sin más. ¿Eléctrico? Un tipo se te acercaba con un *Taser* de mano, de esos con dientes, y sin avisarte, te electrocutaba con una carga de mediana a fuerte. Eso sucedía cuando la música subía de volumen, repartían ron, drogas, la gente tenía sexo desenfrenado, y te dejabas tocar por el que quisiera, todo valía. Entonces aparecían *Las brujas desnudas* que llegaban con su equipo espiritual para hacerte un exorcismo personal. A mí me lo hicieron muchas veces y cuando recobraba el conocimiento, siempre me encontraba frente a dos brujas *sátiras carnales* que me leían las cartas mientras yo caminaba sobre vidrios rotos. ¡Y me sentía viva! ¡Qué digo viva! ¡Reencarnada! *La cosa misma*, así, sin más.

(DANCING SANTERA) A Rodrigo, el cliente chileno, le atraía el sitio y como estaba podrido en dinero, nos pasábamos hasta siete días seguidos ahí. Él era socio de una empresa de salmón en Puerto Montt. No venía por negocios. Él se inventaba los viajes para poder andar por el mundo como hombre soltero. (SEÑALANDO UN SITIO) Ahí mismo nos dimos el primer beso en la ciudad y me pidió cocaína; pregunté y había. Entonces me invitó a que la probara con él. Ese fue mi primer beso con droga dura y terminamos acostándonos en su habitación VIP, otra primera vez. Tres y cuatro veces en una misma noche. A la mañana siguiente me preguntó si me quería ir a Chile con él.

«Pero, Rodrigo, no me has hecho la pregunta más importante»

No me preguntó nada, pero igual me fui con él, mientras el Hombre del Mercedes me esperaba en casa con el control de la tele entre las manos. (RUIDO DE AVIÓN) En el avión, cuando dejamos el espacio aéreo nacional, le pedí a Rodrigo que me besara. Ese sería mi primer beso fuera del país. Pero también resultó muy Nápoli; técnico, instructivo, burocrático: trabajo realizado, meta lograda, objetivo alcanzado. Manual de Instrucciones. *Check!*

(IMÁGENES DEL VUELO, COMO TURISTA) Sin embargo, el viaje fue precioso: los andes, Santiago, el frío, todo era nuevo para mí. Pero cuando llegamos a Puerto Montt me dio la impresión de que había vuelto a mi pueblo sarnoso. «Pero Rodrigo ¡¿Qué carajos voy a hacer yo en estas cuatro calles de gatos pardos?! ¡Me haces el favor y me regresas ahora mismo a Santera!» Pero ya estaba ahí y el salmón andaba muy enamorado.

(IMAGEN DEL HOTEL) Rodrigo me alojó en un hotel del centro de la ciudad, cerca del teatro Diego Rivera, porque su mujer y sus dos hijos vivían en las afueras. Desde la ventana de mi hotel yo podía ver el mar, siempre blanco y a veces también las montañas que se asomaban entre la neblina. De Puerto Montt solo puedo decir que dormía durante el día y en las noches me encontraba con él.

Duré dos años en Puerto Montt. Mis gastos los pagaba la empresa de salmones y como no tenía nada que hacer, además de acostarme con Rodrigo, decidí hacer cursos: inglés, música, y teatro. «Ser actriz o algo peor» ¿Qué más? Con el tiempo logré participar en varias obras y vi dos festivales de teatro. Un grupo de la capital llevó una pieza fascinante y al final de la función decidí irme con ellos a Santiago.

¿El salmón? Se quedó con el control de la tele en la mano, esperándome en el hotel.

(MÚSICA. IMÁGENES DE SANTIAGO) En la capital asistí a castings y fue cuando me eligieron para ser *La malvada Irene* en la telenovela *Amor Amargo*, de Chilevision. Las cosas comenzaron a salir bien. Consumía de vez en cuando, pero nada en serio. En fiestas y demás. Por esos días el vendedor de salmón me buscaba desesperado. Una noche llamé a su esposa y se lo conté todo con la esperanza de que cuando viera a Rodrigo, lo asesinara. Lo cierto es que nunca más volví a saber de él, sea porque le entró miedo, porque la mujer le puso un ultimátum o una bala en la cabeza.

(IMAGEN DE ISABEL EN TELENOVELA) Con la telenovela fui actriz del jet set chileno. Una celebridad mediana, es verdad, pero no sabes lo que me gustaba. Entrar a un restaurante y que te conocieran; que desconocidos te enviaran flores; que los hombres compitieran por ti. En una temporada llegué a tener hasta cinco novios al mismo momento, cuatro formales y un desliz consuetudinario. A los novios los trataba como amantes y viceversa. Era mi época de los hombres, a todos parecía gustarles.

(COMO GABY) «Las chicas del universo: todas, todas siempre tenemos a alguien, en todo momento».

De esa época puedo decir que viví *La cosa misma* pura, sin mezcla, nada de Manual de Instrucciones piedroso.

Pasé diez años en Chile; dos de amante del salmón, cuatro de telenovela, y los cuatro últimos años, los del olvido.

Porque cuando terminó mi personaje en la telenovela, nada vino después. Promesas, castings y luego se olvidaron de mí. No volví a hacer televisión y los novios y amantes se redujeron. Ni admiración ni flores. Sin saber por qué, como si se tratara de un fenómeno paranormal inexplicable, de la noche a la mañana nadie me buscó más.

Regresé al teatro, pero ahí solo me querían para cosas de porquería, como mostrar el culo en vodeviles para comemocos. Una vez me llamaron para una película porno, que hice con otro nombre y solo por dinero. Después de todo, mi relación con el porno la había iniciado con mi profesora hermana filósofa Gabriela; quiero decir que ya tenía experiencia, *memoria afectiva* le llamamos en el oficio.

Me refiero a las caricias pornográficas, las caricias heladas recibidas.

La última vez me pidieron para un show en casa de un potentado de Valparaíso. Se trataba de una despedida de soltero y querían una escena de sexo en vivo. Y entonces el conflicto que me persigue desde los doce años se hizo presente una vez más: la batalla a sangre y muerte entre el Manual de Instrucciones y *La cosa misma*. ¿Quién ganará? (PREGUNTA A LOS ESPECTADORES) Tal cual: dije que no. Volví a deshacerme del Manual. Y ese fue el «no» que definió el resto de mi vida en el sur. Después de esa oferta de trabajo compré el pasaje y volví a mi país.

(MÚSICA. IMÁGENES) Aquí intenté hacer lo mismo en las telenovelas, pero no conseguí gran cosa. Mientras esperaba el llamado de la tele, busqué mantenerme en forma con el teatro. Cinco años después, y quizás debido a la edad, me vino la necesidad de dos cosas: un hijo y respeto. Aunque dicen que son la misma cosa.

Una semana en que coincidían el fin de la temporada de teatro y mis fechas de ovulación, la pasé con un joven del elenco. Pensé que con él lo lograría, por lo menos lo del hijo, que lo del respeto ya me encargaría en otra oportunidad. En especial con el olvido que, por cierto, me he dado cuenta de que van juntos. Pero nada. Fui al médico y me dijeron que no podía. Un defecto congénito, comentó el doctor. Esa noche probé por primera vez el *Ivory*, o como le llama el pueblo, que es el que sabe, la Droga Caníbal.

Le llaman caníbal porque encontraron a un *vendedor* con toneladas de la droga y también con un refrigerador lleno de cadáveres que él se iba comiendo poco a poco. Y así la bautizó la prensa. La verdad es que no había ninguna relación entre una cosa y la otra. El tipo comía gente por enfermo, no por la droga.

Así fue como, entre drogas caníbales y ovulaciones malgastadas, la conocí a ella, a Mariana Cabrera, la hija de dieciocho años de Leonardo Cabrera. (PAUSA, MIRA A TODOS, ALERTA, ASOMBRADA) ¡Tal cual! La niña se presentó a una audición en el teatro. Fui parte del jurado. No, no voté por ella, en ese momento yo no sabía quién era. Y sí, fue con la hija que llegué al padre, a Leonardo Cabrera, mi primer beso de verdad.

Eso: al primer beso y al escándalo. ¿Ves?

*(De nuevo ella alza el brazo, pero la música no sube volumen. Lo vuelve a hacer, la música se detiene)*

### 3- El hombre Dinamita

*(Música del Dancing. Isabel ve las imágenes de Santera con sus locuras: brujas desnudas, sexo, electrocutados)*

ISABEL: ¿Otro trago? (HACE UNA SEÑAL, PIDE TRAGOS) Una tarde, mientras me aburría en los ensayos, le pregunté a Mariana por su apellido. Cuando dijo que su padre se llamaba Leonardo, y que tenía familiares en el pueblo piojoso, inmediatamente saqué la conclusión. «¿Me darías su número?» Lo hizo de inmediato, casi antinatural, como un tipo de venganza. Luego de todo lo que ha sucedido, quizás esa fue su intención.

El padre, vaya sortilegio. Si hasta he pesado que en la parte de las Brujas desnudas de Santera deberíamos más bien tener *Padres Hechiceros* que hostigan a hijos e hijas para hacerlos miserables y tener éxito en la vida.

A Leonardo lo busqué en la red. Su nombre, de pronto, iluminó la pantalla con hasta mis quinientas páginas por revisar. Fotos, artículos de prensa, entrevistas. Leonardo Cabrera, mi primer beso de verdad, era un hombre importante. De las muchas referencias que aparecieron, me llamó la atención una foto tomada hace poco. Allí estaba él, grueso, fuerte, maduro, en un aeropuerto privado con poca luz, como si se tratara de un personaje de novela de misterio. Según la nota, el señor Cabrera «abordaba su jet privado *Sabreliner* junto con el Comandante de la Fuerza Aérea, el General de la Guardia Nacional y el Ministro de Orden Público».

(FOTO) A primera vista, por el tenor de la foto, tomada de lejos, como si fuera prohibido, pensé que se trataba de algo ilegal, con gobierno y todo. Tráfico de drogas, algún tipo de negocio intimidatorio, algo que asusta a los demás. Quiero decir que esa foto me estremeció.

Mi *primer beso de verdad*, *La cosa misma*, se había convertido en un negociante importantísimo: compraba y vendía pólvora y sus equipos. Lo

tenían como el proveedor de confianza de explosivos, armas, dinamita, demoliciones, antidisturbios variopintos y letales, lo que fuera necesario para destruir a los enemigos del gobierno.

(BEBE) Pero lo importante para mí era que yo tenía que volver a verlo. Porque a ese *primer beso de verdad* lo recordamos siempre como sensible, exquisito, humano, aunque luego, casi de inmediato, comience lo inhumano, lo aterrador, lo infame. Y Leonardo estaba en la posición ideal para explicarme porqué eso sucedía.

En fin, que la telenovela *Amor Dulce* protagonizada por la *buena Irene* estaba en su capítulo más emocionante. Y que en realidad nuestras vidas no debían terminar sin contarnos lo que nos había sucedido. En particular, yo necesitaba relatarle al Hombre Dinamita todo sobre las explosiones en las que yo había estado; las demoliciones de las que fui protagonista; los antimotines que he debido enfrentar; las lacrimógenas que he aspirado; y las toneladas de explosivos que me he tragado para mantenerme con un poquito, pedacito, churrito de dignidad.

(TOMA SU TELÉFONO) Entonces lo llamé y dejé el mensaje. En minutos me devolvió la llamada. Estaba muy sorprendido. Dijo que se había divorciado. Muchas veces. Entre divorcios legales y separaciones de noviazgos largos, llevaba unas diez rupturas mortales, todas majestuosas, rompeolas, cavernícolas y trituradoras. Por mi parte, le dije que de divorcios no sabía nada, pero de abandonos inmediatos, desapariciones violentas, algunas asesinas y muchas heridas de gravedad, se podría decir que llevo siete en total. Antes de terminar de hablar, me invitó a su casa.

(ISABEL SE VISTE, SE MAQUILLA, ARREBATADORA) Yo, que me puse de ceremonia de premios, y la calle que era cataclismo. (FOTO DE MANIFESTACIONES) Protestas, policías, heridos, muertos. Yo, en medio de todo eso: «pero, chicos, solo paso por aquí, no me meto con nada, yo voy a ver a mi ex. Oye, esa escopeta fue traída por mi corazón;

esa bomba tiene la pólvora de mi cariño; tu metralleta muestra el sello de calidad de mi amor. Así que déjenme pasar, gracias, señores. Son un sol. Sigam matándose».

(IMAGEN DE LA MANSIÓN DE LEONARDO) Cuando finalmente llegué a su casa, ¡qué digo casa, mansión!, empujé la puerta de lado a lado con mi sonrisa. La había estado ensayando para que fuera lo primero que viera. Más la sonrisa abierta que los ojos con arruguitas; más mi boca sazónada que mi cuerpo empastado. Así, tal vez mis labios le recordarían que soy *mucho* menor que él, unos trece *meses menor*, y que además soy, aunque usted no lo crea, la misma chiquita de doce años, aprendiz de todo, que le enseñó a besar.

Pues ahí, en la Mansión Cabrera El Dinamitero, estaba yo, muy actrícita de teatrico del paisito, pero contenta, como una ilusión hermosa, frente a Leonardo Cabrera, el negociante más importante del país; tipo explosivo que te puede hacer volar al espacio sideral con un movimiento de sus pestañas, el hombre de los primeros besos de la destrucción.

Pero la sorpresa me la llevé yo. Porque ahí estaba, la artista desbancada sin plata para el taxi de regreso, minimizada subterránea como aquella que arrojaron a Nápoli para que le enseñara a besar, pero fue ÉL, el hombre superpoderoso, quien estaba petrificado. Leonardo, al verme, quedó en shock. Tanto, que tuve que pasar a la mansión sin pedir permiso, mostrarme a mí misma su casa, ofrecerme algo de tomar, sentarme en un sitio donde él me pudiera ver, y hasta tuve que pronunciar las primeras palabras. ¡¿Qué primeras palabras?! ¡Más bien los primeros veinte minutos de conversación!

Ese respetado y temido vendedor de dinamita, que se da el lujo de poder decir que ha estado al lado de la destrucción más terrible; que ha vendido y comprado toneladas de explosivos, pólvora y nitroglicerina en los países más inestables del mundo; que vende al por mayor a ejércitos más o

menos legales; que ha estrechado la mano de criminales en masa y de organizaciones terroristas, de compañías de demolición y mineras empobrecidas; que hasta ha probado la dinamita con la boca, la ha mordido con fuerza para certificar que se trata de carga de la buena, fulminante, capaz de hacernos volar hasta Neptuno; ese hombre a prueba de todas las balas y de todos los miedos, el de las amantes fijas, las esposas esporádicas, las mujeres intermitentes y los hogares simultáneos, el del jet *Sabreliner*, ese que negocia con el general en jefe cinco mil millones de dólares en cinco minutos, de pronto estaba ahí, con sus trucos callado, con su maña afónica, con su talento pollito, a punto de mearse del terror solo porque había llegado yo.

(DE UN LADO A OTRO) Hablé, hablé y hablé y él nada. Casi me pongo a cantar, a bailar, a hacerle un show, para ver si reaccionaba, pero nada. Esperé a que se moviera, que dijera algo, nada.

Hasta que de pronto, al rato, Leonardo bajó la cabeza. (ASOMBRADÍSIMA) ¡Y se puso a llorar! Y... Y.... Y yo, te imaginarás la impresión... Yo... Pues yo, como si fuera una acotación del director, me puse a llorar también. ¿Qué querías que hiciera? Eso: *La cosa misma*. ¿El Manual de Instrucciones? Achicharrado en la lámpara matamoscas.

(LUZ BAJA) Lo demás sucedió sin muchas explicaciones. Además de llorar, y tratar de no vernos a la cara, yo comencé a gemir. Por su parte, él lloraba feo, con una respiración profunda y agónica, como si no le fuera posible procesar la cantidad de aire que necesitaba. También ocultaba sus lágrimas, pero se le notaba la caída, sus manos temblorosas, sus ganas de echarse en mi regazo y llorar a fondo, con lágrimas de dinamitero; lágrimas de salitre y azufre explosivo.

Finalmente nos abrazamos. Y entonces me repitió, de memoria, como un rezo que se aprende de niño y no se olvida jamás, las instrucciones para el beso que YO le había dado aquella vez, las mismas que me había dicho

Nápoli unos días antes: bocas abiertas, labios, lengua, haces lo que haga yo; y mi agregado: improvisar a placer.

Y lo volví a hacer. Lo besé de nuevo.

(LUCES DE LA MANSIÓN) Pero esta vez, siento decirlo, ya no era la primera vez de verdad, no parecía *la cosa misma*. Más bien fue como un trámite, como el fin del ensayo, como cuando encienden las luces del público. Todo muy Roco Nápoli: fingido, mocososo, postizo. De nuevo, ese abismo que separa el Manual de Instrucciones de *La cosa misma*: el taller del carro, y al carro de la velocidad. Quiero decir que con ese beso supe que ya no lo quería tanto. Y que, si nos lo hubiéramos dado antes, digamos, en la puerta, me habría ahorrado todas esas lagrimas que ahora sé que tenían que ver conmigo; que yo lloraba por mí.

(COMIENZA A QUITARSE LA ROPA. MÚSICA. IMAGEN DE BAÑERA)

Luego de la cama, agotados, todo rico, pero de manual, nos fuimos a su bañera, más bien casi una piscina que tiene instalada en el baño de su cuarto, que por lo demás parece otra mansión aparte. «¡Vaya si tienes una vida, Leo! ¡Vaya si la pólvora compra cosas! ¡Y mira que dicen que destruye! Pero aquí, con el agua de fuentes cayendo, la música, los aromas, el espacio, la pólvora no parece tan explosiva».

(COMO LEO) «Esto no es nada, cariño...»

¿Por qué será que los que tienen todo les da por disminuir su riqueza frente a los demás? ¿Se darán cuenta de lo ofensivo que es? Una, podrida en deudas y ellos menospreciando los cuatro motores del jacuzzi, el jet Sabreliner, y el agua Perrier que utilizan para lavarse el trasero.

(COMO LEO) «¿Tienes deudas, Isabel? ¿A quién le debes?»

«A todos, amor. A mi casero, a dos prestamistas, a Santera, y hasta al barcito del teatro. ¿Qué? ¿Me vas a pagar mis deudas, General de los Estallidos y Voladuras Peligrosas?» Y él me respondió con aquello de:

(COMO LEO) «¿Y si lo dejas todo y te vienes conmigo?»

Sí, ya sé, muy Hombre del Mercedes; muy Salmón Pescao asesinado por su esposa. Pero, como dicen que sucede antes de morir, vi mi vida en un hilo, viajando por ahí, entre nubes, con el viento pegándome en la cara a través de la ventana abierta del jet, volando de aquí para allá, vendiendo y comprando dinamita en las ciudades del mundo: Madrid, México, Londres. Allá veríamos teatro y pagaríamos por lo mejor; por un teatro que además sentiríamos sin esfuerzo, como si lo estuviéramos haciendo con la facilidad del talento.

¡Vaya si Leonardo, *mi primer beso de verdad*, me estaba pidiendo algo que no esperaba! Ahora que recordé al Salmón, te juro que me sentía tal cual, como una *salmona* que regresa al lugar del desove, o mejor, a las fauces del oso que la espera y la devora. No, no me estaba engañando: entendía perfectamente lo que estaba sucediendo y la propuesta de Leonardo; una magnífica oferta de enamorado que todo lo entiende trucado, porque ve la realidad a través del dinero. Eso: mi primer beso me estaba invitando a ser su mujer dinamita fantasma.

«Pero, Leo, no me has hecho la pregunta importante»

(COMO LEO) «No importa, mi amor. Mucha gente me ha querido y nunca he sido feliz».

«Siendo así, contigo me voy. Pero debes saber que no soy de las que viven con alguien. Para mí eso es como si estuviera eligiendo la ropa que voy a llevar en mi ataúd. El maquillaje, el color de las uñas, el peinado, mi último vestido. No tiene que ver contigo. No te ofendas, pero hallarte no me ha encontrado a mí».

(MÚSICA TENSA) Leonardo entonces se levantó de la bañera. El agua se había puesto fría y trató de acercarse hasta la llave para volver a calentarla. Y cuando hizo el esfuerzo, (RUIDO GOLPE DURO. AGUA QUE CAE, ISABEL, ASUSTADA) ¡Sintió un dolor, resbaló, y cayó entre el borde de la bañera y el piso! ¡Para protegerse la cara colocó su brazo, pero éste

no resistió el peso y se le dobló como si fuera de goma! (RUIDO DE CAÍDA) ¡El grito de Leonardo fue espantoso! ¡Y el mío más!

(LUCES. MÚSICA) Terminó por caer al piso por el otro lado de la tina dando vueltas en el suelo. Sí, yo pegaba alaridos, pero igual no dejaba de pensar en los titulares día siguiente: (COMO LOCUTORA) «Vendedor de dinamita que destruye al mundo muere desnudo al lado de su bañera acompañado por una amante que ahora no lo quiere tanto como aquella vez, cuándo él fue *La cosa misma*, su primer beso de verdad. La vida pasa, interrumpe y borra. ¡Seguiremos informando!».

(SALE LA IMAGEN DE LA BAÑERA) Durante la odisea yo me comporté como lo haría una esposa. (ISABEL TOMA SU TELÉFONO «aló, emergencia») Llamé a la ambulancia y mientras llegaba le coloqué paños debajo de la cabeza y le sequé las piernas y el pecho.

(SE OYEN LAS SIRENAS) «Ya vienen, amor».

(COMO LEO) «¡No me dejes solo!».

«Claro que no. Soy responsable de ti».

(ISABEL SE VISTE. IMAGEN DE CLÍNICA) Llegamos a la clínica. Lo atendió de inmediato un traumatólogo de leyenda. Lo llamaron especialmente por Leonardo, a lo mejor porque sus tarjetas le proporcionaban al Señor Nitroglicerina el tratamiento de los hombres que no merecen morir. Es decir, que pueden trascender.

Con las radiografías hechas en tiempo record y diagnóstico veloz, se enteraron de que presentaba una triple fractura en el brazo derecho.

«¿Tanto por una simple caída en el baño?» Un doctor bello, ojos profundos, profesional pero mirón, me explicó que los accidentes domésticos eran los más brutales. Que todos los días recibían gente herida de muerte solo por cambiar un bombillo, por pintar una reja, por lavar los platos.

Yo no entendía nada, quizás porque de doméstica no tengo ni el pijama.

Pero con Leonardo sucedía algo más grave. Al instante apareció un cardiólogo, no tan bello como el otro, con esa sonrisa ensayada y peligrosa que tienen ellos y que te pone los pelos de punta:

(COMO DOCTOR) «Su caída, señora Cabrera, se debió a un fallo en el corazón. Eso sí que es delicado. Una cosa doméstica casi siempre detona algo más profundo».

(ENCANTADA) ¿Viste que me llamó Señora Cabrera?

(VA A UN LADO) Los médicos decidieron operar el brazo de inmediato. Yo estuve con él todo el tiempo, no solo porque era lo humano, lo que hay que hacer en estos casos, sino también por Señora Cabrera; ¡me encantaba ese trato de esposa de hombre importante que recibía tanto de los médicos como del personal! Yo, la que nunca me había casado, era ahora la señora del poder. Solo faltaba que llegara *nuestra hija* Mariana y entonces sí; ¡La familia encantadora y disfuncional completa!

La operación duró tres horas. Leonardo salió anestesiado y lo llevaron a una de las suites de lujo. A mí me asignaron una cama a su lado, me abrieron una cuenta en el restaurante, ¡Y me dieron el control de la televisión! Me sentí en casa por primera vez en mi puta vida. Por un instante pensé que podría quedarme viviendo ahí, cuidando a mi esposo El Explosivo, herido de muerte, con el corazón y brazo maltrechos, mientras yo tenía aventuras con los doctores más guapos del centro asistencial.

Pero esa era una idea para una telenovela en la que seguramente yo no pasaría la audición, ni siquiera para hacer la película que hable de mí.

Aunque hay quien dice que el de ese día fue mi primer papel bien pagado como actriz de Teatro, Pólvora, y Hospital.

«¡Si, de aquí al Oscar!»

(SILBA COMO LO HACEN EN LA CALLE. GRITA)

¡Epa, Gaby, trae unos tragos aquí!

(APURADA POR ALGUIEN)

¡Ay, sí, ya voy! ¡Quieres que vaya al delito y el escándalo!

¡Qué pesado!

¡Ni que fueras tú quien va a pagar la cuenta!

*(Música)*

#### 4- Fin de temporada

*(Imágenes de la casa de Leonardo. Cesa la música)*

ISABEL: Cuando le dieron de alta, regresé con Leonardo hasta su mansión y lo ayudé a instalarse. Ya estaba bien, eso lo he declarado varias veces. Sí, él había envejecido, como si la clínica, además de reparar la doble fractura y de instalar una nueva válvula de grafito en su corazón, le hubiera agregado diez años más.

Yo le mentía con cariño, claro: «te ves mejor, igualito a como estabas antes del accidente» No sé si me creyó, pero me lo agradecía.

(COMO LEO) «Ninguna de mis esposas leales, legales o eventuales, se hubiera comportado como lo has hecho tú».

Pasaron los días y Leonardo era más Nápoli y Hombre del Mercedes.

(COMO LEO) «Mañana viene el abogado con los papeles para que firmemos. Desde esta misma semana, el jet *Sabreliner* estará a tu nombre, Isabel María Colmenares. Además de volar, podrás hacer lo que quieras con él. Ir de mercado a Miami, a la peluquería en Bogotá, una tarde de playa en dominicana. Es un jet un poco viejo, con muchos aterrizajes, pero en muy buen estado. Y si quiero que sea tuyo no es como pago por los favores recibidos. Más bien es porque el jet combina con tus ojos. Es, simplemente, algo que quiero que tengas. También quiero que me acompañes en mi próximo viaje de negocios a Mozambique. Y que de una vez comencemos a vivir todo juntos».

(IMAGEN DEL JET SABRELINER) Yo con jet. Esta que está aquí, la actrícita teatrera del paisito, que siempre, siempre se queda sin plata para pagar al mototaxi, ahora dueña de un jet Rockwell Sabreliner ejecutivo. No tan nuevo, es verdad, con muchos aterrizajes, pero en perfectas condiciones. No como yo, que he aterrizado un millón de veces sin haber

despegado ni una sola vez y también estoy en *imperfectas* condiciones.

(ASUSTADA) ¿Acaso seré la primera actriz de teatro nacional que dispone de un jet privado? Imagino que habrá que revisar en los libros, pero casi estoy segura de que sí. No sé, de pronto ella... (NOMBRA CONOCIDOS QUE ESTÉN EN LA PLATEA) tiene uno escondido en... (IMPROVISA. LUEGO SE DETIENE, ASUSTADA, RECORDANDO) ¿Viste que me invitó a Mozambique, que no son cosas más?

Después de la firma del jet, y de mi palabra de irme con él a África para comprar y vender todo lo que es bien bueno para hacer el mal, dijo:

(COMO LEO) «¿Estarás siempre conmigo, Isabel María?»

«Sí, siempre estaré contigo, Leonardo. No te abandonaré nunca».

(DESAPARECE IMAGEN DEL JET) A los tres días agarré mi maleta, mis joyas, mi jet, mis otros peroles, y dejé a Leonardo para siempre. Desaparecí sin despedidas mientras él dormía la siesta. Lo hice como un divorcio sin daño, sin papeles que rabian, sin despedidas vejatorias. Fue una jugada limpia y clara, como la de una carnicería que sabe lavar la sangre para que no afee el establecimiento. En fin, como un ataque al miocardio en la bañera, como quien ha salido ilesa de la batalla. Me largué con mi jet *Sabreliner* al hombro, ese que sirve para volar, pero también para escapar, y acto seguido se lo vendí baratísimo al primer comprador que me encontré. El día de la venta, una vez entregada la llave y recibida la transferencia, invité a bailar a los actores de la compañía. Les dije: «¡Beban, coman y consuman todo lo que quieran, que yo pago, no joda!»

(COMO ACTOR) «Pero ¿cómo hiciste, Isabel?»

(COMO ACTRIZ) «¿A quién robaste, Isabel?»

(COMO DIRECTOR) «¿A quién mataste, Isabel?»

(COMO ILUMINADOR) ¿No tendrás otro por ahí como para mí, perra?»

Les comenté que *El Hombre Pólvora* me había dado un jet, que lo vendí más rápido que inmediatamente, y que ahora se podía decir que yo tenía dinero, mucho, y que con él iba finalmente a cumplir mi sueño:

(COMO ACTOR) «¡Te compraras un teatro!»

(COMO ACTRIZ) «¡Harás una compañía clásica!»

(COMO DIRECTOR) «¡Harás gira por los mejores escenarios del mundo!»

(COMO ILUMINADOR) «¡Una película en la que serás la estrella!».

Nada de eso, chicos. Lo que voy a hacer con todo ese dinero es más burdo, pero más bestia. ¡Voy a...!

(TENSIÓN. TODOS LE GRITAN ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ADIVINAN. JUEGAN. TRATA DE QUE EL PÚBLICO TAMBIÉN LO HAGA)

«¡Me voy comprar este dancing! ¡Compraré *Santera!*»

(VÍTORES Y ABRAZOS DE LOS TEATREROS, CLARO QUE SÍ) Desde que lo conocí, me lo imaginé: Yo, dueña de este antro satánico tan sabroso y con tanto guaguancó. ¡Todos los chicos del teatro se alegraron! Bailamos, consumimos caníbal, nos dieron shock eléctrico, exorcismos, caminamos sobre vidrios rotos, y cuando estábamos mezclando coca con vodka por octava vez, prendiditos y electrocutados, todos dijeron, al unísono: «¡cuando lo compres nos llamas para trabajar aquí». Y gritaron: «siiiii!»

Pero yo: «Nooo». ¡Ni loca! ¿Esta jauría de perros hambrientos cuidando mi carnicería Satánica? ¡Pero si estos del teatro son capaces de ir al infierno, matar al demonio, y comérselo frito! ¡Qué va! ¡Con ellos trabajando aquí pierdo a *Santera* en siete días! ¡Mal negocio!

Porque ¿acaso no es eso lo que hoy llamamos *emprendimiento*, es decir, un negocio bien sabroso que nos de real? ¿Y acaso una mujer, bien *empoderada*, como soy yo, no debe apartar de en medio todos obstáculos y perseguir su sueño por encima de todos los demás? ¿Acaso esa no es la gente más valiosa, con la que construiremos todos los futuros posibles?

(MÚSICA SUBE. ELLA BAILA. PERO SE CANSA. TOMA UN TRAGO.

DE PRONTO, SERIA) Fui de las primeras sorprendidas cuando Leonardo, en su viaje a Mozambique, fue detenido en la escalerilla del avión por las autoridades de país, y extraditado en tiempo récord a los Estados Unidos, muy a pesar del pataleo que hizo el gobierno nacional para salvarlo. Pero dejó claro que yo no lo sabía, ni di el pitazo de su viaje, ni tengo nada que ver. Todo sucedió como lo declaré: me invitó a su casa, me regaló el jet, nos separamos y cada uno a sus cosas. El dinero lo invertí en *mi emprendimiento*, un bar dancing Satánico. Leonardo era buscado desde hacía años por tráfico de armas y corrupción en nombre del gobierno, ¡no mío!

Aunque me gusta pensar que sí, que fui yo, con mi primer beso y mi desgarró, quien le metió esa idea en la cabeza: la de dedicarse a la destrucción; aquello de acabar con todos, sin más.

Sí, puede decirse que de esa me salvé, también por desgarró. A Mozambique me iba con él, y con él iba a pasar el lío judicial, la extradición, y ¿quien sabe?, tal vez con él estaría presa en este instante.

A veces, el Manual de Instrucciones, salva.

Cuando el gobierno me amenazó para que hiciera una solicitud lagrimosa para su liberación, yo me hice la teatrera actrícita del paisito que nada sabía. Aclaré que fui su amante y que lo mío más bien lo empañaba. Y que, por lo demás, «yo estaba muy deprimida. No tanto por él, sino por el fin de la temporada de teatro. Y que una actriz, cuando termina su obra, es una bomba de tiempo. No se sabe qué puede hacer ni decir. No deja piedra sobre piedra». Y me dejaron en paz.

(MÚSICA. IMAGEN DEL TEATRO. SERIA, APASIONADA) No te rías que no fue truco. Hay que tomarse en serio la depresión del fin del teatro. Conozco actores que no la respetan y luego terminan locos. Algunos asumen la manera de ser del personaje y luego no pueden hacer nada más.

Una vez un actor, un tal *Garcita*, se creyó tanto el Otelo, que al final persiguió a una actriz por los camerinos para clavarle un lápiz en el corazón. (IMÁGENES DE OBRAS DE TEATRO QUE TERMINAN) El fin de la obra te hace sentir como si vas cayendo del cielo hacia el cielo, sin jet, sin *La cosa misma*, sin golpe contra la tierra, sin nada que te detenga. Es la caída constante y ojalá te partieras en pedazos en algún momento contra el cemento, pero qué va. No sucede. Caes. Eso es todo, caer. Y comienzan los remordimientos y una idea que te enloquece y te obliga a repetir textos de la pieza y los movimientos de tu personaje. Se trata de esa idea delirante de regresar el tiempo, de volver a vivir aquellos momentos del teatro. Un *déjà vu* adictivo, fascinante y devastador.

Quizás porque con el fin el escenario luce como si hubiera sido el epicentro de un terremoto; como si una mano gigante hubiera pasado por encima derribando lo que sobre él había. Descuartizan la escenografía y bajan los reflectores uno tras otro como si fueran soldados moribundos; como esperando la llegada del *vicario oscuro* que les dará la extremaunción.

El fin de la temporada es como el fin del amor; quizás porque concentra todas las dudas sobre la verdadera naturaleza de la esperanza que, en mi caso, no es más que una devastación de la ilusión: ventanas falsas, sillas trucadas, primer beso farsante, jet vendido, hijos no, amores sí, puertas y paredes simuladas; todo desmantelado, guardado, y aplazado hasta la próxima temporada.

(DE PRONTO, ACTRIZ SUPREMA)

*«Nuestros actores,  
como dije, son todos espíritus,  
y se derriten en el aire, en el aire,  
y, como en la tela irracional de la visión,  
las torres cubiertas de nubes,  
los palacios espléndidos,  
los templos solemnes,  
o el gran globo en sí mismo,  
como todo lo que se hereda, se disolverán.*

*Este vano desfile se desvanece,  
no dejes potro atrás.  
Somos de la materia  
con la que se hacen los sueños,  
y nuestras pequeñas vidas  
se completan con la ilusión»*

(COMO QUIEN FINALMENTE TIENE LA RAZÓN)

Te digo, esto del fin de la obra es un barranco en serio. Eso es el teatro; el último de todos los esfuerzos, el que más te cuesta, ese que exige devoción, concentración y ceguera: un borrón y cuenta nueva monstruoso. En serio, no entiendo cómo es que no hemos terminado por hacer una religión con todo esto del teatro. ¿Verdad? Tal vez es lo que es.

(BEBE. MÚSICA. CAMBIA DE ROPA, MÁS SEXI, PARA BAILAR) No hay arrepentimiento. Fracasar, para mí, nunca ha sido un problema. Cuando me di cuenta de que en la vida los Manuales de Instrucciones superaban a *La cosa misma*, dejé de competir. Y rindiéndome, me llegó la tranquilidad. Desde esta barra, como si fuera un escenario, observo a los demás cómo corren y ganan. Y ya. Y con verlos, me siento parte de su carrera también. Veo su victoria y soy una de ellas, victoriosa también, pero no sudo. No me canso. No me agobio, quizás porque tampoco me celebran. Vivo la noche, mis amigos, mis actores y lo que venga. Aquí, la obra no termina; el escenario no se desmonta; las luces se mantienen arriba.

Con Santera y el teatro me basta.

(CITÁNDOSE) «Hay quien dice que son la misma cosa».

(IMAGEN DE SANTERA. MÚSICA. SE SIRVE UN TRAGO) Aquí trabaja mi hermana Gabriela, encargada de los tragos y cualquier tipo de idea loca. Con ella, su Gustavo, administrador de las bolsitas de caníbal, y hasta Nápoli, que se ha vuelto muy serio y ya no enseña besos, sino que lleva las cuentas.

Yo le sirvo personalmente a los artistas y nunca dejo que lo hagan las empleadas. Es que ellas creen que los actores tienen dinero y buscan

sacarles algo. No entienden que los teatreros SIEMPRE estarán peores que ellas, aunque también SIEMPRE lucirán mejor.

(SALUDA GENTE QUE VINO A VERLA) Por su parte, los actores vienen encantados, felices de tener como dueña de *Santera* a una compañera que, si me hacen reír, y me oyen los cuentos de mi primer beso de verdad; de mi escape con el hombre del Mercedes; del patán del Salmón; de la primera vez que vine a *Santera*; de cuando yo era *La malvada Irene* en el éxito chileno *Amor Amargo*; y muy especialmente la historia de mi amante Explosivo, el involucrado en un escándalo internacional que puso al mismo gobierno de rodillas; si me oyen mis historias completas, entonces soy capaz de invitarlos a tres tragos, les asigno sus brujas y hechiceros sátiros carnales, sus exorcismos dolorosos, les regalo un par de bolsitas de droga caníbal, y hasta bailo y me electrocuto con ellos.

(A ALGUIEN DEL PÚBLICO) ¿Tú quieres? ¿El tratamiento *Santera* completo? (SELECCIONA ENTRE EL PÚBLICO: «Tú, ese de ahí, Ella...etc) ¡Muy bien, gente! ¡Aquí no hay Manual de Instrucciones! ¡Así que vengan para acá y pidan por esa boca, *La cosa misma*! ¡Paga la casa!

*(Música alta. Baila. Oscuro)*

Fin.